

LA VISPERA DEL CORPUS



El surgimiento á la crónica universal del nombre de la Cortegada, con motivo de la noticia de que los Reyes hayan elegido esa isla para su residencia veraniega, y la proximidad de la fiesta solemne del Corpus, me han traído remembranzas de esas, que en días y circunstancias determinadas, detiénnenos, por manera especial, á pensar en lo rápida que pasa la vida; en lo efímero y corto de los tiempos felices, y en lo largo é intensos que se sienten los del dolor.

Gratos, gratisimos recuerdos, aunque envueltos en velo de tristeza, más tupido cuanto más los años pasan, evoca esa vispera del Corpus á los que, afanosos y jadeantes, recorriendo los campos cercanos al pueblo en unión de otros chicos de la misma calle, hacíamos provisión de la tradicional yerba olorosa que en las primeras horas del solemne día, colocábamos, bien alineada, para que sobre ella pisase el sacerdote que conducía la reverenciada y magnífica Custodia que, como espléndido regalo á la iglesia en que fué bautizado, enviara desde las costas del Pacífico, el amantey enriquecido hijo del pueblo.

Otros recuerdos se agolpan también en mi mente, como el de la elegante y original Invitación que montado en caballo blanco, con negros hábitos talaes y bonete en mano, hacía en tal día, el capellán del Ayuntamiento por las calles de Valencia; pero mi pensamiento, al trazar estos renglones—sin otro fin que el de distraer el espíritu en un rato de expansion íntima—está principalmente abstraído reproduciendo una ceremonia religiosa sencillísima, pero que, sea por la parte de carácter marítimo que revistió, sea por el bellissimo y estenso marco que

la circundaba, en plácida tarde primaveral, no se borrará fácilmente de la mente de cuantos la presenciaron.

La ceremonia tuvo lugar entre la villa de Carril y su cercana isla de Cortegada, cuya mullida yerba y frondosa arboleda nos sirvieron de campestre comedor algunas tardes estivales. Esa isla, como todo el mundo sabe, (y el que no lo sepa puede aprenderlo á poca costa en uno de tantos diccionarios) está situada en el fondo de la ría de Arosa—brazo de mar asequible á las escuadras del mundo—sembrada de islas y penínsulas, habitadas y cultivadas unas, peladas otras como inmensas rocas allí caídas en alguna conmoción geológica, y que con sus hermanas la de Marín ó Pontevedra y la de Vigo, forman esas bellísimas y estratégicas Rías bajas, tan visitadas por las escuadras extranjeras y tan poco apreciadas por nosotros.

Se dice estos días por la prensa, que los Reyes se han decidido á convertir la Cortegada en residencia real de verano, y se habla de posesiones análogas á la de la isla Wight, lo que implica que, á pesar de los diccionarios, se escribe mucho desconociendo el asunto. Bien está Wight en el Canal de la Mancha, como bien está la Cortegada en su sitio, pues ni por extensión, ni por situación, ni por estado y condiciones de cultivo, población, etc., etc., tan distintas la una de la otra, admiten comparaciones semejantes, y tratándose de Reyes de España, aun parece que están fuera de lugar, aquí donde tenemos dilatado litoral con paisajes de todo género y de todo clima; donde, para el verano, pueden elegirse, desde T'igo hasta Fuenterrabía, puertos y lugares para saciar la más rica fantasía, io mismo en Galicia que en Asturias, Santander y Vizcaya, hasta coronarlo en Guipúzcoa con la ciudad modelo que, á la playa más bonita de cuantas se conocen, une islas risueñas; montes como el Igueldo y el Ulía y como el aislado Urgull, y valles como el de Loyola y Usurbil bañados poéticamente por el Urumea y el Orio. Pero no divaguemos, que no es mi objeto hacer comentarios, y pasemos á relatar la ceremonia de que he hecho mención.

Era la tarde de la víspera del Corpus de 1886. Regenciaba la parroquia del Carril un venerable sacerdote, muy amigo de sus feligreses y de los marinos que frecuentaban aquel fondeadero. Por sus virtudes, fué muchas veces propuesto para dignidad de la Iglesia por su paisano y amigo íntimo señor Montero Ríos, pero no habia amigo ni ministro bastante elocuente para convencerle y sacarle de aquel pueblo que tanto quería y que tantos medios le proporcionaba para ejercer la caridad con

sanos consejos y no menos sanas monedas; pues como solía decirnos en ratos de esparcimiento, «no quería que cuando Dios le llamase á juicio, le ocurriese lo que, según el cuento, le ocurrió á un cura de Vilalboa, sino que quería poder demostrar que nunca abandonó as suas ovelhas».

De acuerdo ese buen sacerdote con el alcalde del pueblo, que lo era el, entonces, consignatario de casi todos los buques que allí fondeaban, señor Bahigas, ultimaba en el escritorio de este señor el plan de la ceremonia de la tarde, en presencia de los concurrentes á aquel escritorio-tertulia y del capitán de un hermoso vapor que, fondeado entre el muelle de Carril y la isla Cortegada, esperaba las cajas de huevos y otras mercancías que debían venir del mercado de Padrón con destino á Cádiz y puertos del Mediterráneo. Era ese capitán—vascongado y hombre aun joven—uno de esos marinos que, sin poder borrar el inevitable tinte, más ó menos acentuado, de rudeza, propio de la profesión, tienen el alma tan sensible ó más que cualquier terrestre almibarado, y enterado de lo que se proyectaba, marchóse sin decir más palabra que la de despedida, metióse en su bote y fué á bordo de su vapor, pues eran las dos de la tarde y no quería perder el tiempo. Comunicó á sus pilotos y contramaestre el proyecto que llevaba en mente, y poniéndolo rápidamente en práctica, vistiéronse la camiseta de uniforme algunos marineros; cargáronse los dos cañoncitos, y preparáronse las banderas de señales y cuantas había á bordo para gran empavesado, teniendo todo oculto y silencioso hasta el momento oportuno.

Poco rato después, á eso de las tres, salían del muelle de Carril, dos barcazas una de las cuales ocupaba el clero y los acólitos con sus mejores galas, con el Ayuntamiento, conduciendo la otra una banda de música, y navegando, una y otra, precedidas y seguidas por lanchas y botes ron gente del pueblo que iba á recibir y acompañar á la Virgen que se venera en modesta ermita de la isla y que debía figurar en la procesión del pueblo en el siguiente día. Los espectadores del muelle seguían con la vista y con gemelos, los detalles del desembarque y del reembarque con la sagrada imagen. Oíanse ya distintamente, los cantos del clero, que nos parecían de una singular solemnidad á los que nunca hasta entonces habíamos presenciado tal procesión flotante, y oíanse también las notas que lanzaban los músicos entusiasmados y cuyas notas corrían en ondas por el ambiente perfumado de la tranquila y espaciosa bahía, cuando al llegar las embarcaciones á pasar junto al vapor, inter-

puesto en su camino, retumba en éste un cañonazo por el costado de babor; suben, como por encanto, por mástiles y estays, banderas multicolores; trepan por las jarcias, ágiles marineros que, al obedecer al capitán, expansiónanse con entusiasmo como buenos hijos, que eran, de aquella tierra, y lanzan tres extentóreos y continuados vivas á a Virgen da Cortejada. Resuena, por fin, por estribor, el segundo y último cañonazo, y al disiparse el humo y avistarse las barcazas próximas al muelle, pudimos observar que ni los curas cantaban ni los músicos tocaban; ¡todos lloraban!; todos repetían los vivas á la Virgen, y contagiándose y uniéndose á ellos, en ese grito, los del muelle y los del vapor, prodújose una escena tan tierna y á tal punto conmovedora que, repito, no es posible que la olviden los que la presenciaron y menos aún quien fué factor de importancia desdo á bordo de su buque, sin sospechar, seguramente, un tan feliz resultado.

Y al recordar ahora lac lágrimas de emoción y de ternura que asomaban á mis ojos en aquellos tiempos en que el corazón se sentía feliz, pensando en tristes y aún recientes sucesos que me han arrebatado, de un golpe, aquella felicidad, lloro también pero con lágrimas de tristeza y de dolor.

JULIÁN DE SALAZAR.

San Sebastián 26 Mayo 1907.

